

GENIO Y FIGURA

Alberto Casillas Hernández:

**“DETRÁS DEL PARQUE FUNDIDORA EXISTIÓ
UNA DE LAS EXPERIENCIAS INDUSTRIALES
MÁS IMPORTANTES DE AMÉRICA LATINA”**

Leonardo Guzmán Garza ¹

Universidad Autónoma de Nuevo León

El maestro Alberto Casillas Hernández es investigador, archivista y escritor. Es licenciado en Historia por la Universidad Autónoma de Nuevo León y maestro en Humanidades por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Actualmente se desempeña como jefe del Archivo Histórico de Fundidora, espacio desde el cual ha impulsado no solamente la catalogación y preservación del acervo documental de la antigua Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, sino también la difusión del patrimonio industrial y de la memoria obrera del noreste de México.

Entre sus principales publicaciones destacan *El Molino de Combinación Lewis: un ejemplo de modernización en Monterrey, 1944-1981* (2009), *El departamento de aceración de la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey: un caso de arqueología industrial* (2011), *Guillermo Kahlo: fotógrafo de Fundidora* (2017), *El Departamento de Fuerza Motriz y su reconversión arquitectónica: el caso de la Planta Convertidora y Planta Generadora de Energía Eléctrica de la Compañía Fundidora de Monterrey* (2019), *Management y tecnología alemana. Produciendo acero para México. El caso de la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, 1906-1940* (2023), *Accidentes, enfermedades laborales, cultura de la prevención social y los equipos de seguridad industrial en la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, S.A.* (2023) y *Escuelas Adolfo Prieto. Memorias de una grandeza educativa de la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey* (2025).

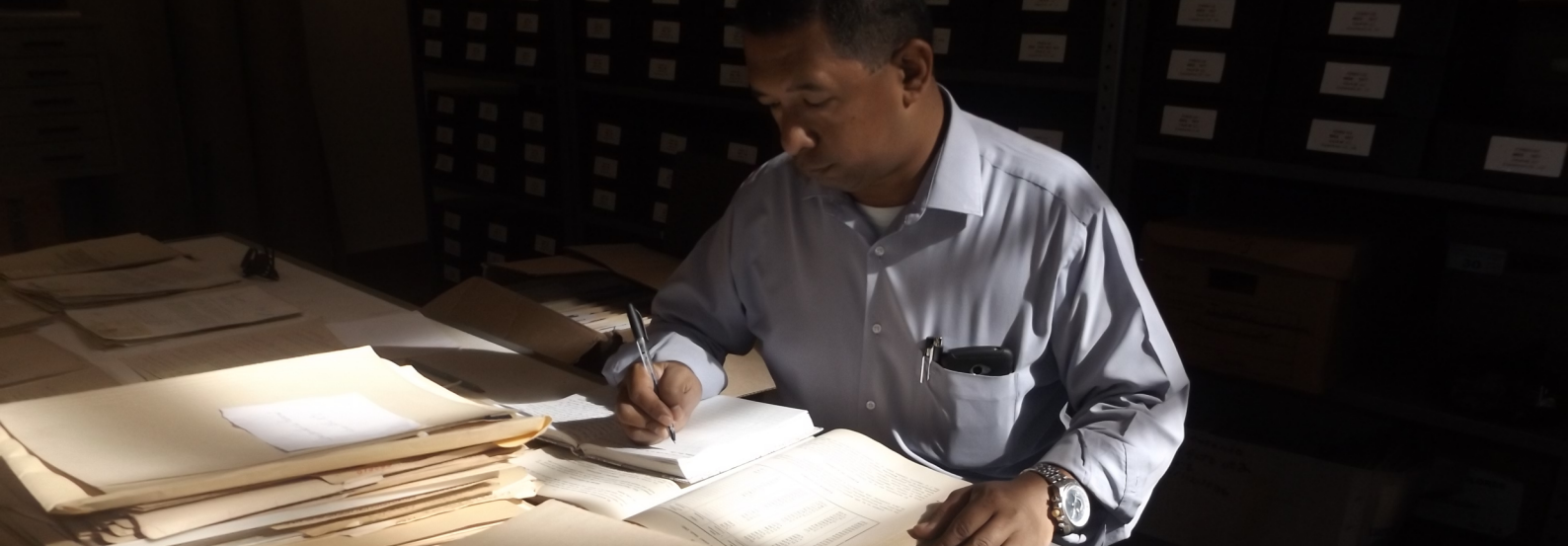
A lo largo de su trayectoria ha recibido reconocimientos como la Medalla de Acero al Mérito Histórico “Capitán Alonso de León”, otorgada por la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística en 2021; el Reconocimiento UANL-Memoria Histórica y

Cultura de México al Patrimonio Cultural, otorgado por la Universidad Autónoma de Nuevo León y la Coordinación de Memoria Histórica y Cultural de México en 2022; así como el Reconocimiento a la Excelencia Profesional otorgado por la UANL en 2024. En esta entrevista, el maestro Casillas reflexiona sobre la preservación del patrimonio industrial, el valor histórico de la antigua Fundidora de Monterrey, la importancia de la memoria obrera y los desafíos que implica conservar y difundir uno de los espacios industriales más significativos de la historia contemporánea de México.

Maestro, en ocasiones anteriores usted ha comentado que cuando entró al Archivo Histórico de Fundidora no tenía tanto conocimiento sobre la historia de la compañía. Me gustaría preguntarle qué fue lo que ocurrió en esa primera etapa en el Archivo de Fundidora para que usted se viera atraído por la labor que se desempeñaba ahí.

Mi llegada al Archivo Histórico de Fundidora ocurrió en 1999 gracias a la invitación de la licenciada Marcela Guerra, quien en ese momento fungía como directora de proyectos de conservación del Parque Fundidora. Inicialmente fui contratado para cubrir de manera temporal a la licenciada Magdalena Peña Becerra, encargada del archivo en aquel entonces. Debo reconocer que llegué prácticamente sin saber cuál sería la dimensión del trabajo que iba a realizar. Mi formación académica dentro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL estaba orientada hacia la historia eclesiástica; particularmente me interesaban los estudios sobre el clero regular y la presencia de los jesuitas en la Comarca Lagunera. Nunca imagi-

¹ Estudiante de la licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Forma parte del comité editorial de *Bloch. Revista Estudiantil de Historia de la UANL*.



né que terminaría dedicando gran parte de mi vida profesional al estudio de la historia industrial.

Cuando entré al archivo me encontré con un universo completamente distinto al que había imaginado. Me mostraron documentos, libros, planos y fotografías vinculadas con una empresa siderúrgica sobre la cual yo prácticamente no tenía referencias. Recuerdo que me preguntaron si sabía que en Monterrey había existido una compañía acerera y respondí honestamente que no. Esa pregunta me hizo reflexionar sobre algo muy importante: durante mi formación universitaria había estudiado historia de América Latina, historia de Europa e historia de Estados Unidos, pero nunca había profundizado en la historia regional de Nuevo León ni en los procesos industriales que transformaron a Monterrey.

Mi primera tarea consistió en ordenar una enorme cantidad de fotografías que estaban acumuladas sobre una mesa. Para alguien que desconocía completamente el tema, aquello era abrumador. Veía rostros, maquinaria, talleres y edificios, pero no lograba entender qué representaban. Poco a poco comencé a leer los libros institucionales de Fundidora y algunos materiales publicados por antiguos trabajadores y encargados del departamento de relaciones públicas. Aquellas lecturas fueron fundamentales porque me permitieron empezar a identificar a las personas que aparecían en las imágenes, comprender los departamentos productivos y reconocer la compleja estructura organizativa de la empresa.

Fue un proceso lento. Me tomó varios meses empezar a familiarizarme con el lenguaje industrial, con la tecnología siderúrgica y con la vida cotidiana de los trabajadores. En un principio yo solamente pensaba permanecer ahí unos cuantos meses mientras surgía una oportunidad para dedicarme a la docencia o continuar mis estudios sobre historia eclesiástica. Sin embargo, conforme avanzaba en el trabajo, la Fundidora comenzó a atraparme intelectualmente. Descubrí que detrás de aquellas máquinas existían historias humanas extraordinarias: procesos productivos complejos, trayectorias laborales, conflictos sindicales, transformaciones urbanas y una cultura obrera profundamente rica.

Cuando terminó mi contrato temporal, la licenciada Marcela Guerra me invitó a permanecer en el archivo. Acepté pensando que

sería algo provisional, pero han pasado ya más de veinticinco años. Con el tiempo, mis intereses iniciales se fueron desplazando y terminé concentrando mi trabajo en la historia industrial y en la memoria obrera de Monterrey. Hubo además un momento clave en esta transformación intelectual. En 2003, la arquitecta Ana Cristina Mancillas Hinojosa, quien trabajaba como coordinadora de museología del parque, me mostró un libro sobre patrimonio industrial. Hasta ese momento yo desconocía por completo ese concepto. La lectura me abrió una nueva perspectiva para comprender la importancia histórica, tecnológica y cultural de la Fundidora. Posteriormente me invitó a integrarme al TICCIH México, el Comité Internacional para la Conservación del Patrimonio Industrial, y desde entonces comencé a involucrarme de manera más profunda en los estudios sobre arqueología industrial y conservación patrimonial.

Mirando en retrospectiva, puedo decir que mi ingreso al Archivo Histórico de Fundidora transformó completamente mi vida profesional y mi manera de entender la historia. Lo que comenzó como un trabajo temporal terminó convirtiéndose en una vocación.



¿Qué es lo que más le ha gustado de sus ya más de 25 años trabajando en el Archivo Histórico de Fundidora?

Lo que más satisfacción me ha generado a lo largo de estos años ha sido la posibilidad de rescatar y visibilizar historias que permanecieron ocultas durante décadas. La Fundidora no fue solamente una empresa acerera; fue un universo complejo donde convivieron procesos tecnológicos, experiencias laborales, innovaciones industriales y múltiples formas de vida obrera. Muchas de esas historias quedaron relegadas o invisibilizadas después del cierre de la compañía, y una de mis mayores motivaciones ha sido precisamente devolverles presencia dentro de la memoria colectiva.

Una parte importante de mi trabajo consiste en estudiar los departamentos productivos, las máquinas, las herramientas y los procesos tecnológicos que hicieron posible el funcionamiento de la empresa. Pero también me interesa profundamente la dimensión humana. Yo suelo decir que mis investigaciones nacen muchas veces de las inquietudes de los propios usuarios del archivo. No escribo libros únicamente porque un tema me parezca atractivo en abstracto; generalmente las investigaciones surgen a partir de preguntas, encuentros y conversaciones.

Un ejemplo muy significativo fue el proyecto relacionado con las Escuelas Adolfo Prieto. En 2017 llegó al archivo un grupo de antiguas maestras y exalumnas interesadas en consultar periódicos y documentos relacionados con su etapa escolar. Mientras revisaban las publicaciones, comenzaron a recordar a sus compañeras, sus experiencias y sus vivencias dentro de las escuelas de Fundidora. Escuchar aquellas conversaciones me hizo comprender que existía una memoria femenina profundamente importante que había sido poco estudiada.

A partir de ahí surgió la idea de desarrollar una investigación más amplia sobre las escuelas y sobre las mujeres vinculadas con la empresa. Durante mucho tiempo, la historiografía de Fundidora se concentró principalmente en los trabajadores varones y en los grandes procesos industriales, mientras que la participación femenina quedó prácticamente borrada de los relatos institucionales. Investigar a las maestras, enfermeras, secretarías y demás mujeres relacionadas con la compañía me permitió descubrir otra dimensión de la historia de Fundidora.

Ese trabajo me ha dado enormes satisfacciones personales y académicas. He podido entrevistar a descendientes de mujeres que ya fallecieron y reconstruir, a través de la memoria oral y documental, trayectorias que habían permanecido olvidadas. De alguna manera, estas investigaciones también representan un acto de justicia histórica, porque permiten devolverles voz y presencia a personas que fueron fundamentales dentro del entramado social de la empresa.

Lo que más disfruto de mi labor es precisamente eso: la posibilidad de reconstruir historias, generar conciencia patrimonial y compartir con las nuevas generaciones la complejidad histórica de



Fundidora. Cada documento, fotografía o testimonio oral representa una puerta hacia una experiencia humana distinta, y poder articular esas memorias dentro de una narrativa histórica más amplia es, sin duda, una de las mayores satisfacciones que me ha dejado el archivo.

¿Tiene algún otro proyecto de investigación en mente? ¿Algo que le gustaría hacer, o algo en lo que esté trabajando actualmente?

Siempre estoy trabajando en varios proyectos simultáneamente. Mi forma de investigar tiene mucho que ver con la curiosidad constante y con las necesidades que surgen tanto de los usuarios del archivo como de los diálogos académicos que mantengo con otros investigadores.

Actualmente estoy desarrollando un estudio relacionado con las calderas de vapor, a partir de una invitación realizada por el doctor Gustavo Becerril dentro del Seminario de Procesos de Industrialización de México. Este trabajo busca analizar la importancia tecnológica de las calderas dentro del desarrollo industrial mexicano y particularmente dentro de los sistemas energéticos utilizados por Fundidora. Aunque para muchas personas estos temas pueden parecer demasiado técnicos, en realidad detrás de ellos existe una historia muy rica sobre transferencia tecnológica, modernización industrial y transformación del trabajo.

Asimismo, recientemente fui invitado por el doctor Leonardo Santoyo, de la Universidad Autónoma de Zacatecas, a participar en una publicación coordinada por la Universidad de Guanajuato. En ese proyecto abordaré el tema del ladrillo refractario y la historia de la Fábrica

de Ladrillos Industriales y Refractarios, conocida como FLIR. Me parece un tema fascinante porque prácticamente no ha sido estudiado desde una perspectiva histórica. La creación de FLIR representó un intento estratégico de la Fundidora por sustituir importaciones y producir sus propios materiales refractarios, indispensables para los hornos siderúrgicos. Detrás de esos ladrillos existe toda una historia de tecnología industrial, innovación empresarial y adaptación de conocimientos técnicos provenientes de Estados Unidos. Estudiar estos procesos permite comprender que la industrialización no dependía únicamente de la producción de acero, sino también de toda una red de industrias complementarias que sostenían el funcionamiento del complejo siderúrgico.

Otro tema que me ha interesado recientemente tiene que ver con el patrimonio inmaterial y las narrativas sobrenaturales vinculadas al Parque Fundidora. Aunque pueda parecer un tema inusual, considero que las leyendas sobre aparecidos, fantasmas y presencias obreras forman parte importante de la memoria colectiva del espacio. Muchas personas afirman haber visto figuras relacionadas con antiguos trabajadores o con accidentes ocurridos dentro de la empresa. Más allá de discutir si esos relatos son reales o no, lo importante es comprender qué representan simbólicamente.

Desde una perspectiva antropológica, estas narrativas expresan formas de duelo, memoria traumática y apropiación simbólica del espacio industrial. Los edificios, las máquinas y las estructuras cargan consigo una dimensión emocional que también forma parte del patrimonio. Mi intención es desarrollar en el futuro una investigación más amplia sobre este tema, integrando elementos de antropología, memoria social y patrimonio cultural. En general, me interesa continuar explorando aquellos aspectos de la historia industrial que han permanecido poco estudiados y que permiten comprender la complejidad tecnológica, social y cultural de Fundidora.



¿Cuál diría usted que es la mayor dificultad con la que se ha encontrado a la hora de difundir, investigar y conservar el patrimonio industrial?

Uno de los principales desafíos tiene que ver con la manera en que las autoridades y gran parte de la sociedad conciben actualmente el Parque Fundidora. Muchas veces el espacio es visto principalmente como un lugar de recreación, espectáculos y eventos masivos, mientras que su dimensión histórica y patrimonial queda relegada a un segundo plano. Esa tensión entre el parque como espacio recreativo y el parque como museo de sitio constituye uno de los grandes problemas que enfrentamos quienes trabajamos en la conservación del patrimonio industrial.

Las nuevas generaciones suelen reconocer las chimeneas, las naves industriales o los hornos como elementos visuales atractivos, pero pocas veces se preguntan cuál fue su función original, qué procesos tecnológicos ocurrieron ahí o qué tipo de experiencias humanas estuvieron asociadas a esos espacios. Existe el riesgo de que el patrimonio industrial termine reducido a una escenografía urbana desprovista de contenido histórico.

Por ello considero fundamental fortalecer los mecanismos de interpretación patrimonial: recorridos guiados, cédulas museográficas, investigaciones accesibles al público y programas educativos que permitan reconstruir el significado histórico del lugar. La conservación no consiste solamente en mantener en pie una estructura física; implica también preservar y transmitir el conocimiento asociado a ella.

Otro desafío importante tiene que ver con el carácter interdisciplinario de la arqueología industrial. Los historiadores formados en las humanidades muchas veces debemos adentrarnos en áreas técnicas complejas: ingeniería, metalurgia, química, electricidad, medicina





industrial o mecánica. Para comprender verdaderamente cómo funcionaba la Fundidora es necesario entender tanto las relaciones sociales como los procesos tecnológicos.

Cuando investigué sobre seguridad industrial, por ejemplo, tuve que estudiar enfermedades laborales, efectos químicos sobre el cuerpo humano y procesos médicos relacionados con la exposición industrial. En ese camino fue indispensable dialogar con ingenieros, médicos y antiguos trabajadores. Muchas veces ellos corrigen o complementan nuestra interpretación histórica. La conservación del patrimonio industrial exige precisamente esa capacidad de diálogo interdisciplinario. No basta con estudiar los documentos; es necesario comprender las máquinas, los materiales, las técnicas y las experiencias humanas asociadas al trabajo industrial.

Finalmente, también existe una dificultad estructural relacionada con los recursos institucionales. Los archivos históricos requieren infraestructura adecuada, personal capacitado y políticas públicas de largo plazo. Durante muchos años el Archivo Histórico de Fundidora atravesó situaciones muy complicadas debido al abandono institucional y a la falta de condiciones apropiadas para resguardar el acervo. Afortunadamente en los últimos años ha comenzado a existir una mayor conciencia sobre la importancia de preservar este patrimonio documental.

¿Cómo el rescate de testimonios orales de los antiguos trabajadores de la Fundidora ha marcado su labor como historiador?

La memoria oral ha sido absolutamente fundamental en mi trabajo. Gran parte de mi acercamiento hacia los trabajadores estuvo influido por la arquitecta Ana Cristina Mancillas, quien comprendía muy bien que el patrimonio industrial no podía limitarse únicamente a las estructuras físicas. Ella elaboró directorios, localizó antiguos obreros y comenzó a establecer vínculos con ellos mucho antes de que existiera un interés más amplio por la memoria obrera.

Durante los primeros años yo me acercaba a los trabajadores más desde una perspectiva de convivencia y aprendizaje informal. Escuchaba sus historias, observaba cómo recordaban los departamentos productivos y trataba de familiarizarme con su experiencia cotidiana. Con el tiempo comprendí que esos testimonios

constituían una fuente histórica invaluable.

A partir de 2015 decidí impulsar con mayor claridad la creación de un archivo de memoria obrera dentro del Archivo Histórico de Fundidora. Consideré que no bastaba con conservar documentos administrativos o fotografías; también era necesario preservar las voces de quienes vivieron la experiencia industrial desde dentro.

Con apoyo del Departamento de Relaciones Públicas del Parque Fundidora y gracias a los contactos establecidos por Minerva Ovalle a través de la página “Somos La Maestranza”, comenzamos a reunir a extrabajadores para realizar entrevistas más sistemáticas. Las conversaciones abordaban temas tecnológicos, laborales, sindicales, familiares y emocionales.

A través de esos testimonios pude comprender aspectos que muchas veces no aparecen en los documentos escritos: las relaciones de compañerismo, el orgullo obrero, las tensiones laborales, las experiencias de riesgo dentro de la planta y el impacto emocional que produjo el cierre de la empresa en 1986.

Por supuesto, la historia oral también requiere un trabajo crítico. La memoria humana es compleja; a veces existen olvidos, confusiones o reconstrucciones parciales del pasado. Por ello siempre trato de contrastar los testimonios con documentación escrita y con otras fuentes históricas. Pero incluso esas contradicciones resultan valiosas porque muestran cómo las personas reinterpretan su experiencia a lo largo del tiempo.

Hoy considero que el acervo de memoria obrera constituye una de las partes más importantes del archivo, porque permite acercarnos a la dimensión humana de la industrialización regiomontana. Las máquinas y los edificios son fundamentales, pero sin las voces de los trabajadores el patrimonio industrial queda incompleto.

¿Usted considera que la sociedad reconoce el valor que posee el patrimonio industrial regiomontano o piensa que está infravalorado?

Pienso que existe un reconocimiento importante, aunque todavía parcial. La sociedad regiomontana valora profundamente el Parque Fundidora como espacio urbano, recreativo y cultural. Se ha



convertido en un símbolo de la ciudad contemporánea y en uno de los espacios públicos más representativos de Monterrey. Sin embargo, ese reconocimiento no siempre implica una comprensión profunda de su dimensión histórica e industrial.

La antigua Compañía Fundidora fue mucho más que una fábrica de acero. Representó uno de los proyectos industriales más ambiciosos del país y articuló redes económicas, tecnológicas, ferroviarias y laborales fundamentales para el desarrollo del noreste mexicano. Comprender verdaderamente ese legado requiere una alfabetización histórica y tecnológica mucho más amplia.

Con frecuencia el patrimonio industrial es apreciado desde su dimensión estética o arquitectónica. Se valoran las chimeneas, los hornos o las naves industriales como elementos visuales emblemáticos, pero pocas veces se explica el sistema productivo que les daba sentido. Detrás de cada estructura existía una compleja organización energética, tecnológica y humana.

No diría que existe un desconocimiento absoluto, sino más bien una lectura incompleta. El gran reto consiste en profundizar la narrativa patrimonial para incorporar la historia empresarial, tecnológica, obrera y urbana de manera articulada.

El Parque Fundidora representa una experiencia histórica excepcional porque en él convergen memoria industrial, reconversión urbana y patrimonio cultural. Pero para comprender plenamente su importancia es necesario ir más allá de la contemplación visual del espacio y entender los procesos históricos que lo hicieron posible.



Me gustaría retomar el tema del archivo y preguntarle más o menos de qué tratan los documentos que uno puede encontrar en el Archivo Histórico de Fundidora.

El Archivo Histórico de Fundidora resguarda una parte fundamental de la memoria industrial del país. El acervo pertenece al Archivo General de la Nación y contiene documentación producida por la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey desde principios del siglo XX hasta el cierre de la empresa en 1986. La historia del archivo ha sido compleja. Durante muchos años los documentos estuvieron dispersos en distintos espacios y atravesaron períodos de abandono institucional. Hubo etapas en las que el acervo permaneció almacenado en condiciones poco adecuadas, situación que generó preocupación entre investigadores y especialistas en patrimonio documental. Con el tiempo comenzó un proceso más serio de recuperación, clasificación y catalogación. Actualmente el archivo conserva informes anuales, expedientes administrativos, publicaciones periódicas internas, planos industriales, películas y un enorme fondo fotográfico.



Los informes anuales permiten estudiar la productividad de los distintos departamentos de la empresa: hornos altos, aceración, laminación, materias primas, energía, transporte y productos terminados. Estos documentos son fundamentales para comprender el



funcionamiento económico y tecnológico de la compañía.

El fondo hemerográfico incluye publicaciones como *Colectividad*, *Previ*, *Di-fundidor*, *Noticreto* y *Noticias de Fundidora*, las cuales permiten reconstruir aspectos relacionados con la vida cotidiana de los trabajadores, la cultura empresarial y las dinámicas sindicales.

Por otra parte, el fondo fotográfico –integrado por más de cuarenta y cinco mil imágenes– constituye uno de los acervos industriales más importantes del país. Las fotografías documentan procesos productivos, maquinaria, trabajadores, instalaciones, ceremonias, accidentes y transformaciones urbanas vinculadas con Fundidora.

También contamos con aproximadamente tres mil trescientos planos industriales digitalizados que representan una fuente extraordinaria para investigaciones sobre arquitectura industrial, ingeniería y arqueología del paisaje.

Además del trabajo documental, el archivo participa activamente en el inventario y diagnóstico de las piezas industriales que permanecen dentro del Parque Fundidora. Actualmente existen más de doscientas piezas catalogadas entre máquinas, herramientas y estructuras industriales. Cada una de ellas requiere investigación histórica, análisis técnico y estrategias de conservación.

El archivo, por tanto, no es únicamente un depósito documental. Funciona también como un centro de investigación, interpretación patrimonial y memoria industrial.

Ahora que habla sobre la información disponible en el Archivo de Fundidora, ¿cuáles son los vacíos historiográficos de la Fundidora?

Aunque la historiografía sobre Fundidora ha crecido considerablemente en las últimas décadas, todavía existen importantes vacíos de investigación. Se ha trabajado bastante sobre la fundación de la empresa, su papel en la industrialización regiomontana, las relaciones obrero-patronales y la crisis que condujo a su cierre. Sin embargo, aún hay muchas áreas poco exploradas.

Uno de los principales vacíos tiene que ver con las empresas subsidiarias y satélites vinculadas al consorcio industrial. Empresas filiales como Gas Industrial Monterrey, la Fábrica de Ladrillos Industriales y Refractarios, Concreto Procesado S.A., Cerro del Mercado o Hullera Mexicana han sido poco estudiadas desde perspectivas de historia tecnológica y arqueología industrial.

También considero que falta profundizar mucho más en la participación de las mujeres dentro de la estructura de Fundidora. Durante décadas, gran parte de la narrativa histórica privilegió la figura masculina del obrero siderúrgico e ingenieros y dejó en segundo plano otros actores fundamentales.

Otro aspecto insuficientemente explorado es el patrimonio inmaterial asociado al espacio industrial: memorias populares, relatos



de accidentes, prácticas culturales obreras, creencias y formas simbólicas de apropiación del espacio. Estos elementos también forman parte de la historia industrial y ayudan a comprender cómo las comunidades construyen memoria alrededor de los procesos productivos.

Asimismo, hace falta desarrollar investigaciones más profundas sobre transferencia tecnológica, circulación internacional de conocimientos industriales y relaciones entre industria y medio ambiente. La Fundidora no puede entenderse únicamente como una empresa local; formó parte de redes globales de tecnología, capital y modernización.

La Fundidora ha destacado bastante a nivel local y nacional. ¿Usted considera que aquí en el noreste hay algún otro complejo industrial del cual sea necesario documentar su historia al nivel de Fundidora?

Definitivamente sí. Uno de los casos más urgentes es el de Altos Hornos de México, en Monclova. La situación actual de esa empresa abre una enorme área de oportunidad para la investigación histórica y para la preservación del patrimonio industrial. Así como ocurrió con Fundidora, AHMSA representa no solamente una experiencia

empresarial, sino toda una cultura obrera y una configuración urbana vinculada directamente con la industria siderúrgica. Resulta indispensable comenzar desde ahora procesos de rescate documental, memoria oral e inventario patrimonial.

Muchas veces las sociedades reaccionan demasiado tarde, cuando gran parte de los archivos, las máquinas o las memorias ya se han perdido. La experiencia de Fundidora nos enseñó precisamente la importancia de actuar oportunamente. El noreste mexicano posee una historia industrial extraordinariamente rica y todavía insuficientemente estudiada. Existen numerosos complejos industriales, ferroviarios, mineros y energéticos cuya memoria corre el riesgo de desaparecer si no se desarrollan proyectos de conservación e investigación.

En 2026 se cumplen 40 años del cierre de Fundidora. ¿Usted considera que este trágico cierre de la compañía aún constituye una especie de trauma en la memoria de la ciudad?

Sí, considero que el cierre de Fundidora sigue siendo una herida importante dentro de la memoria colectiva de Monterrey, aunque esa memoria ha cambiado con el paso del tiempo. Todavía persiste una fuerte estigmatización hacia los trabajadores. Con frecuencia se repite la idea de que la empresa quebró únicamente por culpa del sindicato o por supuestas prácticas de irresponsabilidad laboral. Sin embargo, esa explicación simplifica demasiado un proceso mucho más complejo, relacionado con políticas económicas nacionales, endeudamiento, transformaciones tecnológicas y reestructuración industrial.

Muchas veces la opinión pública se construyó a partir de imágenes parciales difundidas por algunos medios de comunicación. Fotografías de trabajadores descansando dentro de la planta eran utilizadas para reforzar la idea de que “no trabajaban”, sin explicar las condiciones reales de producción, las jornadas extenuantes o los sistemas de trabajo por destajo. Como historiadores, nuestra responsabilidad consiste precisamente en contextualizar esos fenómenos y recuperar la experiencia obrera desde una perspectiva más humana y compleja.

Por otro lado, para muchas familias el Parque Fundidora continúa siendo un espacio profundamente emocional. Los descendientes de antiguos trabajadores visitan el lugar con sentimientos de nostalgia, duelo y orgullo. Muchos de ellos reconocen en las estructuras industriales el esfuerzo y el sacrificio de sus familiares. Cada año se realizan homenajes y ceremonias en memoria de los obreros fallecidos. Estas prácticas muestran que la memoria de Fundidora sigue viva y que el espacio continúa funcionando como un lugar de identidad y recuerdo para amplios sectores de la sociedad regiomontana.

Maestro, muchas gracias por toda la información que nos ha ofrecido. ¿Usted cree que el cierre de Fundidora en 1986 le dejó alguna lección



importante a Monterrey en cuanto a la difusión y conservación de la historia, así como del patrimonio industrial?

El cierre de Fundidora coincidió con un momento de profunda transformación urbana y económica en Monterrey. La ciudad atravesaba cambios relacionados con movilidad, expansión territorial y reconfiguración de espacios públicos. En ese contexto surgió la idea de convertir los antiguos terrenos industriales en un parque urbano. La creación del Parque Fundidora representó una decisión trascendental porque evitó la desaparición total de un complejo industrial que formaba parte esencial de la identidad regiomontana. Sin embargo, la reconversión también implicó nuevos desafíos.

Con el paso de los años, el parque se consolidó como un espacio recreativo y cultural de enorme relevancia. Se integró al tejido urbano mediante proyectos como el Paseo Santa Lucía y detonó procesos de transformación inmobiliaria y valorización territorial. Desde el punto de vista urbano, el impacto ha sido enorme.

No obstante, la gran lección que deja Fundidora es que la conservación del patrimonio industrial no puede limitarse únicamente al rescate arquitectónico o paisajístico. Es indispensable preservar y difundir también la memoria histórica, tecnológica y obrera asociada al espacio. El riesgo de cualquier reconversión urbana es convertir el patrimonio en un simple escenario vacío, despojado de significado histórico. Por ello considero fundamental encontrar un equilibrio entre las funciones recreativas del parque y su dimensión patrimonial.

Fundidora nos enseñó que la historia industrial forma parte esencial de la identidad de Monterrey y que preservar esa memoria requiere investigación, difusión, educación y compromiso institucional constante. El verdadero desafío consiste en lograr que las nuevas generaciones comprendan que detrás de esos hornos, chimeneas y edificios existió una de las experiencias industriales más importantes de México y de América Latina.